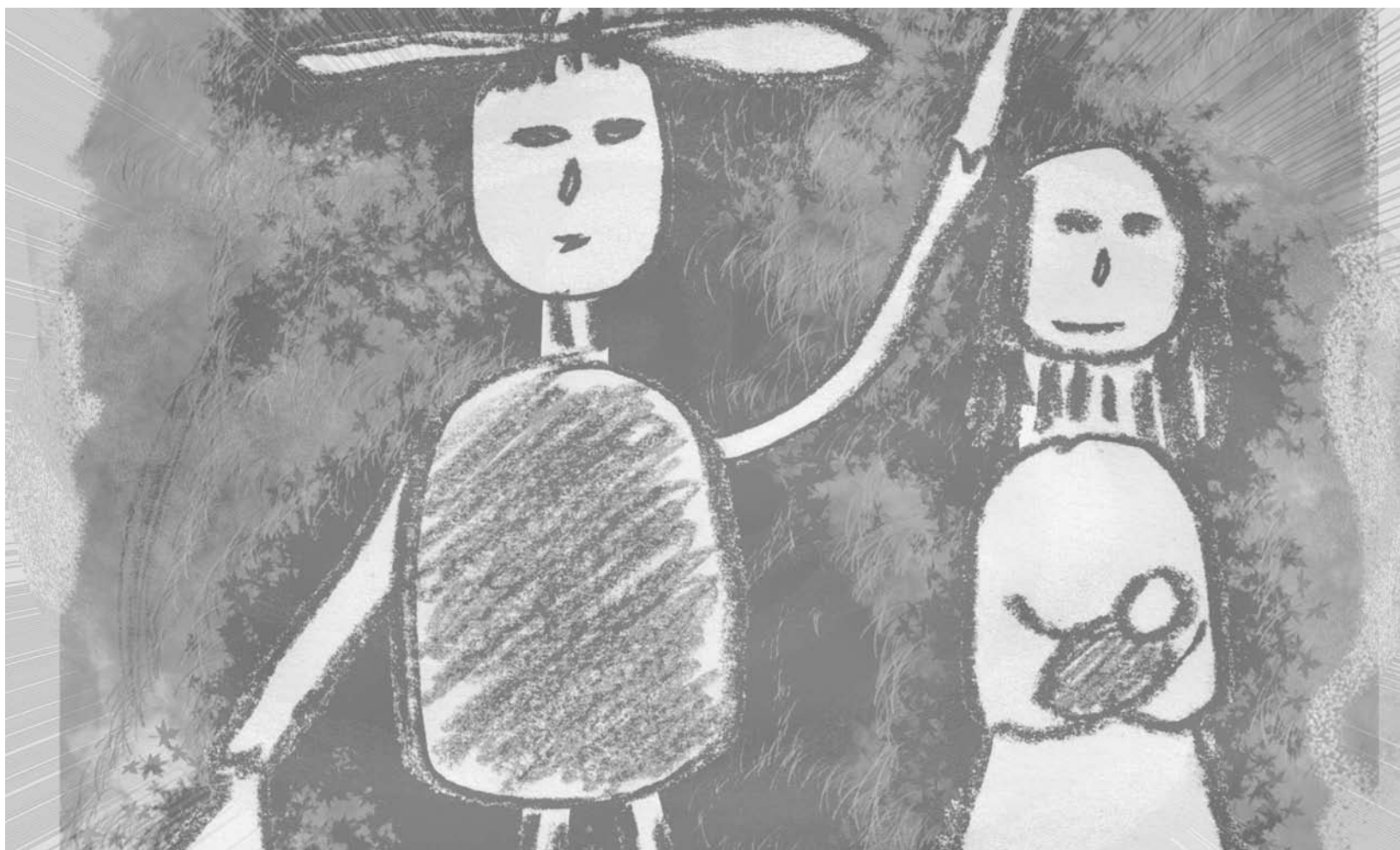


La memoria, la historia y el uso de fuentes vivas

Elementos críticos para pensar una investigación en ciencias sociales*

Carlos Jilmar Díaz • | *Universidad Distrital Francisco José de Caldas*



* (página 51) Texto elaborado en el marco de la investigación “Memoria y conflicto en Colombia: una aproximación desde sus actores infantiles y juveniles”, primera fase del proyecto apoyado por el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano – IPAZUD, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, Colombia.

Presentación

En Colombia, sobre todo después de la segunda mitad del siglo XX, los movimientos armados han tenido una importante presencia. Su historia es densa y especialmente compleja. Son grupos diversos, con características y dinámicas particulares pero con elementos comunes que tienen que ver con el enfrentamiento al poder político y a la ley establecida, pugna militar por el establecimiento o la defensa del orden social y económico, uso de estrategias que han implicado la confrontación armada para el logro de sus ideales. La condición para la existencia y supervivencia de estos grupos es la clandestinidad y sus acciones toman un carácter ilegal, aspectos todos que contribuyen a pensar en el particular proceso de socialización de los miembros de estos grupos y, dada su permanencia en la dinámica política y cultural de la sociedad colombiana, son elementos constitutivos de la dinámica cultural de la totalidad de la población colombiana, ya que la violencia afecta, de una u otra manera, a todos, por la zozobra, el dolor y el desconcierto que produce ante la destrucción y la muerte¹.

Los niños y jóvenes vinculados/desvinculados de estos gru-

pos armados provienen en un alto porcentaje de lo que se puede llamar las capas bajas de la población y la distribución por sexo es indicativa de una prevalencia de población masculina (68%) sobre la femenina (32%). Las edades más frecuentes corresponden a la franja entre los 15 y los 18 años (90%). Los lugares de nacimiento indican que provienen de todo el territorio nacional, excepto de San Andrés y Providencia².

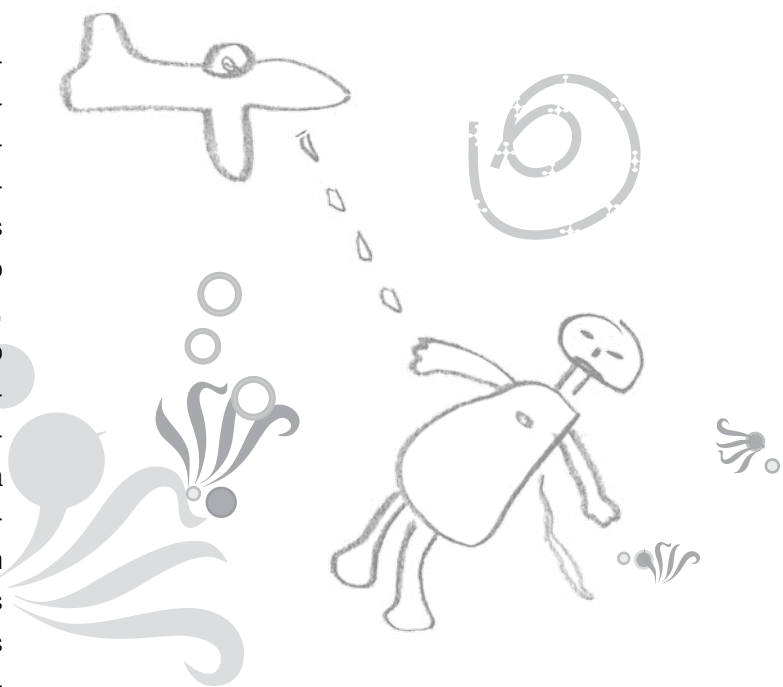
1 La historiografía sobre la violencia en Colombia señala varios periodos para ella. Un primer momento, del 40 al 60, está dado por la conformación de grupos armados con carácter partidista que buscaba la eliminación del otro, del contrario político. Fueron dos visiones de mundo que se oponían mutuamente. Con el ocaso de la confrontación partidista, liberal y conservador, no cesó la violencia en el ejercicio de la política y continuó existiendo confrontaciones armadas entre gobiernos de turno y grupos armados planteados como “revolucionarios”. La historia de lo violento se prolonga hasta nuestros días y en las dos últimas décadas se recrudece al entrar en el escenario político nuevos actores. Ver, Carlos Miguel Ortiz, “historiografía de la violencia”, en *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Universidad nacional de Colombia, 1994, pp. 371 – 423.

2 Defensoría del Pueblo, UNICEF, Informe Defensorial. *Caracterización de las niñas, niños y adolescentes desvinculados de los grupos armados ilegales*, Boletín No 9, noviembre de 2006, Bogotá, Colombia, pp. 18-19.



Relacionado con los grupos armados, el fenómeno de la violencia en Colombia suscita en la actualidad preocupación académica, siendo numerosos los análisis que buscan comprender no sólo su origen, sus transformaciones, su dinámica y la vigencia tanto política como militar de su accionar, sino también los efectos, tanto políticos como culturales, en la Colombia de hoy. Los análisis sobre el fenómeno de la violencia en Colombia provienen de distintas perspectivas disciplinares de las llamadas ciencias sociales y humanas (historia, economía, sociología, antropología, política, psicología, por mencionar algunas), pero en la actualidad se evidencia un marcado interés en los abordajes interdisciplinares.

Asumiendo la naturaleza compleja del fenómeno, el presente ensayo busca presentar caminos conceptuales y metodológicos que posibiliten comprender la dinámica instaurada al interior de estos grupos y la particular relación que niños y jóvenes allí establecieron. Se buscan elementos de análisis para comprender los efectos del paso por sus particulares lógicas. En este sentido el artículo presenta algunas discusiones y posturas conceptuales, en particular aquellas que se relacionan con la producción de sentido por parte de los niños y



jóvenes, y por los elementos que contribuyen a instaurar, delimitar, marcar su memoria. Se exploran asuntos de orden metodológico, tales como las bondades y precauciones que investigativamente se requieren para el uso de las fuentes vivas, como documentos para investigaciones en ciencias sociales.

La historia y la memoria.

Las relaciones entre historia y memoria son complejas. El saber histórico puede contribuir a disipar las ilusiones o los desconocimientos que durante largo tiempo han desorientado a las memorias colectivas. Y al revés, las ceremonias de rememoración y la institucionalización de los lugares de la memoria han dado origen





a investigaciones históricas originales. Pero no por esto historia y memoria son identificables.

Las diferencias entre historia y memoria pueden trazarse de tres maneras. En primer lugar la diferencia establecida entre *testimonio* y *documento*. El testimonio es inseparable de quien presenció el acontecimiento y puede narrarlo como testigo. El crédito se basa en la confianza otorgada al testigo. La aceptación (o el rechazo) de la credibilidad de la palabra que testimonia el hecho es dada por el ejercicio crítico, que somete al régimen de lo verdadero y de lo falso, de lo refutable y de lo verificable, a las huellas del pasado. El documento da acceso a acontecimientos que se consideran históricos y que probablemente no son más el recuerdo de nadie.

Una segunda diferencia entre historia y memoria puede establecerse en la distinción que se establece entre la inmediatez de la reminiscencia y la construcción histórica, de la explicación histórica, sea explicación por las regularidades y las causalidades que la narración histórica busca establecer. La historia se inscribe en el orden de un saber universalmente aceptable, "científico".

Una tercera diferencia entre historia y memoria opone reconocimiento del pasado y representación del pasado. A la inmediata fi-

delidad (o supuesta fidelidad de la memoria) se opone la pretensión de verdad de la historia, basada en el procesamiento crítico de los documentos, que son huellas del pasado, y en los modelos de inteligibilidad que reconstruyen su interpretación. La memoria es conducida por la exigencia de las comunidades para las que la presencia del pasado en el presente es un elemento esencial de la construcción de su ser colectivo.

Las fuentes vivas como documentos para la investigación.

Deslindes conceptuales.

Cuando se institucionalizó la historia como disciplina, a comienzo del siglo XIX, emergió una profunda sospecha sobre las fuentes orales como indicio para pensar e investigar el pasado. Occidente había privilegiado el documento escrito, lo que se reforzó con la invención de la imprenta. Se pensó que lo escrito fijaba en el tiempo un hecho y por tanto el documento escrito transmitía más fielmente el pasado, esto evidencia un claro sello positivista. Sobre lo oral, sobre las narraciones orales cayó una profunda duda y no fueron consideradas como material de trabajo investigativo. Hasta bien entrado el siglo XX fueron desdeñadas por el grueso de los investigadores de lo social.



Acusar a quienes hacían la historia de consignar únicamente las grandes gestas y los grandes acontecimientos fue válido en un momento determinado. Estaban interesados en destacar acciones de hombres y mujeres insignes. En la actualidad, sin embargo, existe un fuerte interés investigativo por lo que denominamos clases subalternas y por su manera de ver, sentir y asumir el mundo. Aún hoy en día la cultura de las clases subalternas es una cultura anclada fuertemente en lo oral. Esto significa que las ideas, sentimientos, creencias y esperanzas de los campesinos, los artesanos, los asalariados, o, para el caso de la presente investigación, de los combatientes rasos o aquellos que han estado inmersos en ambientes de violencia, es posible rastrearlos gracias a que podemos entablar aún diálogos con ellos. Este aspecto se convierte en un primer desafío conceptual. Investigar aspectos atinentes a la violencia contemporánea en Colombia y específicamente a la experimentada por estos niños y jóvenes y comprender su significado en la dinámica cultural, es posible merced al importante aporte de sus narraciones y testimonios.

En agosto de 1963, E. P. Thompson, historiador inglés, escribía el prefacio a la segunda edición de



su libro *“La formación de la clase obrera en Inglaterra”*, en donde manifestaba su inconformidad con aquellos relatos históricos que contribuían a oscurecer la acción de los obreros, desconociendo con esto su papel, mediante sus esfuerzos, a la construcción de su mundo y, con ello, el grado en que participaron y contribuyeron a hacer la historia. Su queja está puesta en la imagen que transmiten estas investigaciones, en donde se recuerda a los victoriosos (en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipan la evolución subsiguiente), y donde las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores se cubren con un manto de silencio y olvido. Con este trabajo investigativo Thompson busca rescatar a los pobres, a los artesanos, a los





desposeídos de la enorme prepotencia de la posteridad. Estos personajes vivieron en aquel momento de turbulencias sociales, sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia y, si “fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas”³.

Con esto podemos decir que la preocupación por las voces silenciadas por los poderes del pasado y del presente no es nueva y ha sido una constante preocupación de aquellos investigadores que quieren hacer “historia desde abajo”, o una “historia total”, buscando con esto invertir la tradición historiográfica dedicada a presentar sólo una fracción de la realidad,

la de los vencedores. Más que un problema de orden público, un problema de la política o un problema con el cual los gobernantes de turno tienen que lidiar, dar cuenta y reconstruir la memoria, en la experiencia de estos sujetos del común que han participado de manera directa en los grupos armados, permite acercarse a las características de la violencia en Colombia y, tal vez, comprender algo de la forma como toma cuerpo y se hace acción.

Esta tradición académica que busca hacer análisis investigativos complejos y completos de la realidad encuentra un primer antecedente en la llamada “historia popular”, historia que se remonta a los finales del siglo XVIII, cuando parte de la intelectualidad europea descubrió al pueblo del que se había alejado en la temprana modernidad. En el siglo XIX este descubrimiento significó la necesidad de encontrar las raíces culturales –esencia popular – de los nacientes Estados nacionales. La cultura popular es una categoría académica ya que los debates que han surgido alrededor de la definición misma de la cultura popular lo han hecho, y lo hacen, a propósito de un concepto que se propone delimitar, caracterizar y nombrar prácticas que sus actores nunca designan como pertenecientes a la “cultura popular”.

3 Thomson E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Crítica, Barcelona, 1989, p. 17.



Se crea, simultáneamente con esto, otra categoría, la culta, que delimita y describe producciones y conductas situadas fuera de la cultura letrada. El concepto de “cultura popular” ha traducido en sus múltiples y contradictorias acepciones las relaciones sostenidas por los intelectuales occidentales con una alteridad cultural difícil de concebir⁴. La idea de cultura popular parte, entonces, del interés de rescatar lo diverso de lo monumental, de la alta producción, de los vestigios legados por la cultura de los señores, de los poderosos, y acercarse a los objetos más humildes, los pedazos menos nobles, los vestigios más ínfimos de los simples. Se configura así un segundo desafío conceptual, no considerar lo popular como autónomo e independiente de lo culto o letrado.

Deslizándose críticamente desde las perspectivas investigativas generadas por quienes están haciendo pesquisas “desde abajo”, un tercer desafío conceptual, que vale la pena mencionar en la búsqueda de elementos que permitan acercarse a estos niños y jóvenes, tiene que ver con el grupo de investigadores cuyos trabajos vienen siendo aglutinados bajo el nombre de “Estudios subalternos” o “poscoloniales”. Corriente esta del pensamiento que desde los años 80 viene reflexionando sobre

las herencias coloniales del Imperio Británico en regiones como la India y el medio oriente. En el seno de estas teorías hay importantes diferencias que suscitan significativos debates y divisiones internas. Si bien ambas corrientes tienen énfasis diferentes, el primero en la subalternidad, de cara a la hegemonía y los segundos en una lógica colonial que se proyecta en los Estados nacionales, coinciden en hacer una crítica al saber centrado en occidente, tanto en términos geográficos, como en cuanto al modelo de ciencia que siguen, contribuyendo con esto a invisibilizar a una gran parte de la población de sociedades específicas⁵. Estas discusiones toman cuerpo en el ámbito latinoamericano en las denominadas teorías “decoloniales”, haciendo énfasis en la fuerte crítica al occidentalismo y buscando hacer una reflexión sobre las herencias coloniales del Imperio Español en América. Herencias de larga duración, enquistadas en la manera como nos pensamos y asumimos. La Modernidad y sus

4 Chartier Roger, “cultura popular”: retorno a un concepto historiográfico, en *Sociedad y escritura en la edad moderna. La cultura como apropiación*, Instituto Mora, México, p. 121.

5 Shelley Walia, *Edward Said y la historiografía*, Gedisa, España, 2004.





diferentes proyectos modernizadores, desde estas perspectivas, son pensados en clave colonial, ya que desde entonces se generó una división del trabajo y una taxonomía de la población, que se mantiene hasta nuestros días. El reto para las ciencias sociales en América es grande y tiene que ver, entre otros aspectos, con la pregunta por la singularidad, por la diferencia y por el proyecto político a instaurar.

Estas perspectivas teóricas están haciendo una fuerte crítica al proyecto moderno, señalando que es una máquina creadora de alteridades, que en nombre de la razón y el humanismo excluye de su imaginario la hibridez, la multiplicidad, la ambigüedad y la contingencia de las formas de la vida concreta⁶. El proyecto moderno fue posible gracias a dos aspectos estrechamente vinculados entre sí. Como dos caras de la misma moneda es preciso pensar la formación de los Estados – Nacionales y la consolidación del colonialismo. Para que esto fuera posible se hizo necesaria una estrategia política que legitimara la situación y esta fue proporcionada por el marco interpretativo dado por los *conocimientos científico – técnicos*, especialmente por los conocimientos brindados desde las ciencias sociales en la consolidación, tanto de los Estados-na-

cionales, como de la legitimación de la visión de mundo que ellos proporcionaban. Desde las ciencias sociales se generó una plataforma de observación científica sobre el mundo social que ha sido utilizada por los Estados nacionales para gobernar sus pueblos⁷.

Con estos tres desplazamientos críticos (visibilización de lo particular, crítica al eurocentrismo y los conocimientos formulados

6 El proyecto moderno fue posible gracias a tres fenómenos articulados entre sí. El primero tiene que ver con la persistente idea de someter la vida entera al control absoluto del hombre bajo la guía del conocimiento. Esto implicó elevar, a nivel conceptual, al hombre al rango de principio ordenador de todas las cosas. En esta tarea la razón científica técnica jugó un papel importante al acceder a los secretos más ocultos de la naturaleza y “someterla” a los deseos de control de los hombres. El segundo está relacionado con la existencia de una instancia central a partir de la cual se dispensan y coordinan los mecanismos de control sobre el mundo natural y social. El estado será el garante de la organización racional de la vida humana, en donde todos los intereses encontrados de la sociedad pueden llegar a una “síntesis”. El tercer fenómeno está relacionado con las ciencias sociales. El nacimiento de las ciencias sociales es un fenómeno constitutivo de este proyecto moderno. Ver, Santiago Castro y Oscar Guardiola, “Introducción”, en *La reestructuración de las Ciencias Sociales en América Latina*, Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Bogotá 2000, pp. 21 – 45.

7 Santiago Castro, “Fin de la modernidad nacional y transformaciones de la cultura en tiempos de globalización”, en Jesús Martín-Barbero, Fabio López de la Roche y Jaime Eduardo Jaramillo (eds.), *Cultura y Globalización*, Ces / Universidad Nacional, Bogotá, 1999, pp. 78- 102.



para legitimar el poder de los Estados nacionales) podemos deslizarnos, del concepto de infancia y juventud, en perspectivas eurocéntricas, entendidas como historia mundial, hacia la incorporación de reflexiones sobre las características que asumen los jóvenes y los niños en el particular contexto cultural colombiano⁸. Semejante a como sucedió en Europa desde el siglo XIX, en algunas zonas urbanas de nuestro país los niños reciben una creciente atención médica, escolar, pedagógica y familiar, mientras que los niños de las zonas rurales rápidamente entran en circuitos productivos y desde allí, algunos se enganchan en las filas de los grupos armados, siendo parte con esto de los recursos de trabajo de unas comunidades subordinadas. De esta manera, con el desarrollo de esta pesquisa nos preguntamos por la relación que existe entre la cultura de lo que denominamos clases subalternas y la cultura de las clases dominan-



tes y si es posible hablar de circularidad entre ambos niveles de la cultura, procurando comprender en esta dinámica la complejidad del mundo. En este sentido, realizar trabajos investigativos con estos niños y jóvenes, permitirá explorar nuevas perspectivas de este complejo fenómeno de la violencia en Colombia.

La memoria y las fuentes vivas como documentos para la investigación.

Preguntarse por los niños y jóvenes vinculados/desvinculados del conflicto armado es preguntarse por las características del vínculo que ellos establecieron con los grupos armados, por la memoria instaurada, por su relación con la ley, por sus nociones de orden, por su vínculo con el otro, por su relación con lo dife-

8 Sobre la base de una revisión de la historia europea a partir del siglo XVI se formuló el carácter histórico y construido de la noción moderna de infancia en la que los niños son considerados individuos con características particulares que los hacen necesitados de protección y son pensados fundamentalmente como ocupados en juegos y aprendizajes escolares. Phillippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, 1987, Taurus, Madrid.





rente, en pocas palabras, por los efectos de su paso por las particulares lógicas instauradas al interior de estos grupos armados, en la manera de sentir y actuar en su universo cultural, es decir, por los efectos sobre sus subjetividades. En este sentido, el complejo campo académico conformado por la memoria y la experiencia, por aquello que se calla, que se censura o se oculta, o, simplemente, por lo que se deja de lado por que se ignora y no se ve, es motivo de reflexión para este proyecto. Esta investigación busca abrir áreas de trabajo relacionadas con la exploración de las experiencias históricas de aquellos niños y jóvenes del común, que como característica tienen el haber pasado por las dinámicas propias de los grupos armados. Experiencias que difícil-

mente serían motivo de memoria, ya que han sido historias frecuentemente ignoradas, tácitamente aceptadas o apenas mencionadas de paso por las principales corrientes de la historia.

Una primera constatación que hacemos al acercarnos a estos niños y jóvenes nos permite vislumbrar que provienen, en su gran mayoría, de lo que podríamos denominar las capas populares de la población. Lo cual nos coloca de entrada frente a desafíos conceptuales importantes. El primero tiene que ver con asumir críticamente lo que implica hacer investigación buscando dar cuenta de aquellos personajes “sin nombre”, aquellas personas que aunque contribuyen a hacer la historia, por su situación de subalternos, no figurarían en ella.

Desde el presente proyecto de investigación la complejidad de lo social, más allá de las taxonomías legitimadas por los Estados nacionales, busca ser capturada en movimientos simultáneos, en los cuales sea posible vislumbrar el pasado en aquellos gestos del presente y, viceversa, entrever la emergencia del presente en la reconstrucción narrativa de los sujetos. Así mismo, estos movimientos buscan percibir lo colectivo en lo particular y, sobre todo, tomar conciencia de la fuerte implicación de quien investiga en el trabajo de



formular la *identidad* de aquello investigado. Este proceso busca asumirse bajo el supuesto de que la investigación está mediada, tanto por los valores del sujeto investigador, como del “*objeto*” investigado, aspectos estos que están vinculados estrechamente. El trabajo analítico con estos niños y jóvenes, quiere la construcción de una mirada en estos niños desde sus experiencias y, desde ello, posibilitar el ordenamiento e intelección de los fenómenos humanos al permitir vislumbrar el carácter socialmente construido de esa realidad representada por ellos y el carácter políticamente constitutivo de la representación que realizan.

Sabemos hoy que el conocimiento que se produce desde las diferentes ciencias sociales no es más que una de las modalidades de la relación que las sociedades mantienen tanto con el pasado como con el presente. Entendemos que algunas obras de ficción y la memoria, sea individual o colectiva, contribuyen a dar una presencia, también, no sólo al pa-

sado sino a su realidad viva, a menudo tan poderosa como la que se ha establecido con los libros. En este sentido, el trabajar investigativamente con estos niños y jóvenes, efecto de la violencia, nos coloca en el cruce de caminos de dos de los grandes debates políticos de la actualidad, el de los derechos de las minorías, en este caso niños provenientes de las camadas populares, muchas veces mujeres, etc, y el de la crisis de la “*identidad nacional*”. El sólo señalamiento nos coloca de frente a la complejidad del asunto⁹.

La memoria está de moda, no sólo como estudio de especialistas, sino también como un problema social sobre el cual se apoyan procesos de construcción de subjetividades, espacios de pertenencias y reivindicaciones diversas. Cada vez tenemos más claridad sobre las políticas de las memorias. Las memorias, como prácticas y como representaciones, se actualizan a cada momento, son solicitadas o vigiladas desde diversos agentes que buscan preservarlas, rescatarlas, monumentalizarlas o simplemente, olvidarlas. Buscando elementos para el análisis de las narrativas de los niños y jóvenes vinculados de manera activa al conflicto colombiano el uso de la memoria, tanto individual como colectiva, nos permite pensarla en tres dimensiones.

9 Jesús Martín-Barbero, “El futuro que habita la memoria”, en Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills Obregón, *Museo, Memoria y Nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Museo Nacional de Colombia, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000, pp. 34 – 63.





Como categoría analítica, en su condición de herramienta teórica y metodológica. Como categoría política en su condición de emblema ético y moral al hacer circular sus voces y como categoría social en relación a la necesidad de percibir su experiencia, los sentidos y las formas de clasificación del pasado desde el presente, del sentido de lo vivido y otorgado por los diversos sujetos, en este caso de estos niños y jóvenes.

Las fuentes vivas como memoria para la investigación. Elementos metodológicos.

Después de la segunda guerra mundial la marginalidad y la sospecha a la que habían sido confinadas las fuentes orales tímidamente comienza a ser superada. En el contexto latinoamericano y, específicamente colombiano, el uso de fuentes orales, como documentos para la investigación, contribuyó a resaltar dificultades a la hora de comprender lo social,

ligados con el analfabetismo de vastas poblaciones, así como a la precariedad con la cual se estaba organizando la documentación escrita y posibilitar investigaciones, específicamente de los denominados “simples” o habitantes del común, buscando superar con esto el magnificado culto a los próceres y el desinterés por los elementos individuales en la comprensión de los procesos sociales, los que hoy, desde renovados enfoques, valoramos para el presente ejercicio investigativo.

Al ser la memoria un campo inmenso y nuevo para la investigación crítica en las ciencias sociales se hace necesario analizarla con sus juegos de luz y de sombra, con sus silencios y olvidos, con sus problemas y sus certezas. Al hacer pasar por el cedazo de la reflexión crítica la noción moderna de infancia, constatamos que es necesario interrogar los afectos que vehiculiza y que se han ido consolidando a lo largo de los últimos si-



glos, permitiendo que la infancia se comprenda como una edad que combina la fragilidad física, la vulnerabilidad emocional y un procesual desarrollo intelectual. Esta lógica se convirtió en el fundamento para que haya ganado terreno la perspectiva que considera que los niños requieren protección, aspecto este que en 1989 culmina con la Convención de los Derechos del Niño. Desde estas ideas se ha ayudado a materializar relatos que han contribuido a que hayamos naturalizado la mirada sobre la infancia y la juventud como ingenua y necesitada de protección, en pocas palabras como víctimas, imagen esta que riñe cuando escuchamos los relatos de estos niños provenientes de las diferentes violencias en Colombia.

Las fuentes orales, declaraciones de testigos vivos, narraciones, autobiografías o entrevistas, están marcadas por el propio presente, cualquiera que sea la época. Existe una contemporaneidad entre el investigador y el testigo, quien narra lo experimentado. Esta es una de las especificidades del trabajo investigativo con fuentes orales. Los documentos vivos, materializados en declaraciones testimoniales, o en entrevistas o en historias de vida, son fuentes provocadas por el investigador. Cuando se interroga la fuente oral,

se construye la fuente, emerge el documento. El investigador produce el documento, lo coloca a su servicio, es su usuario. Existe una estrecha relación entre el investigador, sus preguntas y sus fuentes, ya sean orales o escritas. A diferencia de las fuentes escritas, las orales poseen la particularidad de estar, para nuevas consultas, disponibles. Es decir, el investigador puede establecer un vínculo vivo con su fuente y obtener nuevos indicios. Con las fuentes escritas el vínculo es diferente. Para el caso de la presente investigación, reitero, nos interesa pensar en los efectos de la experiencia del paso por las lógicas instauradas por los grupos armados en los jóvenes y niños vinculados al conflicto armado en Colombia.

En la construcción de la fuente oral se apela a la memoria de quien declara. La memoria como fuente para el investigador es insustituible en muchos casos, pero puede convertirse en fuente de mitos y, evidentemente, el trabajo del investigador es, en este caso lo que podríamos llamar desmitificar. Una crítica fundamental que se hace al uso de fuentes vivas es la que tiene que ver con la “desventaja del a posteriori”. Por definición esa fuente provocada es construida después del acontecimiento. La memoria es construcción y reconstrucción permanen-





te y los relatos aparecen en este vaivén de la memoria. Los documentos escritos pueden ayudar a constatar y contrastar algunos elementos en pauta haciendo la crítica interna, cotejando datos o cruzando informaciones. Sin embargo es imperioso decir que las fuentes vivas son imprescindibles a la hora de comprender el sentido. Para el estudio de la violencia en Colombia y de los efectos del paso por estos grupos y lugares específicos, de las redes de relaciones personales o de amistad, y de las motivaciones personales, entre otros, las fuentes escritas difícilmente pueden dar explicaciones. Las fuentes orales, las entrevistas con estos niños y jóvenes se convierten en el único recurso disponible cuando hay ausencia de documentos escritos o cuando se quiere ampliar la mirada.

Con lo anteriormente dicho queda claro que el reto para los investigadores es complementar la mirada de los relatos oficiales, es decir, se requiere trascender y enriquecer cuadros previamente diseñados. Más allá de lo que la industria cultural ha hecho de la memoria de la violencia en Colombia y de algunas de sus estereotipadas miradas, se busca la significación que unos de sus miembros dan a esta característica de la contemporánea historia cultural colombiana. Se busca

desentrañar el sentido, en los secretos laberintos de la memoria.

Los documentos oficiales conservan apenas uno de los lados de la historia política, ofrecen resultados parciales y hasta artificiales, visiones obtenidas a partir de ángulos estrechos. Es importante resaltar en este momento que las fuentes escritas tampoco son fuentes puras. Tanto la escrita como la oral son fuentes construidas, que requieren, para su uso investigativo, de la crítica y el análisis. Investigar es, entre otras cosas, un asunto que tiene que ver con indicios, declaraciones, y testimonios¹⁰. Las declaraciones orales, para el caso de la presente reflexión sobre las fuentes orales, no constituyen necesariamente una prueba, pero pueden constituirse en una buena contribución en la búsqueda de respuestas.

Acercarse a la experiencia investigativa con las fuentes orales coloca en primer plano la pregunta por las historias oficializadas, le pone carne, memoria y deseos a lo colectivo. En pocas palabras permite preguntarse por lo humano de la vida y por el motor de la

10 Carlo Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma de diferencias indiciales", en *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia*, Gedisa, España, 1994, pp. 138 – 175.



historia, evidenciando, con estas preguntas, un marcado interés investigativo por los modos de constitución y producción de la subjetividad y, sobre todo, por conocer las diversas maneras como los individuos se reconocen a sí mismos como sujetos y por sus maneras de reconocerse y narrarse en sus espacios particulares. Los documentos vivos y sus varias dimensiones (historias de vida, biografías, entrevistas, narraciones, testimonios, entre otras) aportan a la Historia la materialización de una experiencia, de un testimonio, de un relato, en definitiva de una mirada. Pero una mirada con posibilidad de contar desde lo secuencial, de lo particular, las transformaciones colectivas, los acontecimientos socioculturales de una época, las relaciones entre diferentes sectores de clase, las percepciones de los géneros, los intereses de las edades, las expectativas de futuro, etc. En este sentido, la historiografía en la actualidad está procurando encontrar pistas, que permitan comprender, la compleja búsqueda de sentido que acompaña las acciones de los sujetos. El enigma a ser develado es posible plantearlo así ¿cómo hombres y mujeres dan significado a sus acciones cotidianas? ¿Qué relatan y cómo es posible organizar investigativamente estas narrativas?



Para el investigador, los vacíos, los mitos, los olvidos son particularidades del trabajo con la memoria y fuente de análisis. Los olvidos, los lapsus, lo no dicho, los esfuerzos de ocultamiento, son también objetos de análisis e investigación para el interesado en los asuntos de la memoria. Y pertenecen al mismo registro pero separadas por los matices del amplio espectro del trabajo con la memoria.

Trabajar en investigación con fuentes orales contribuye a incluir la perspectiva de grupos minoritarios desde la narración de algunos de sus miembros lo que posibilita una visión más completa entre presente y pasado en la comprensión de la complejidad de nuestra sociedad. Así mismo, hay implicaciones políticas y éticas a la hora de presentar las narraciones históricas en donde no se han in-





cluido un significativo porcentaje de la población y sí se contribuye a legitimar la perspectiva de los vencedores.

Pensamos que algunos de estos elementos contribuyen a situar las historias y las narrativas que invocamos en esta investigación y que buscan dar cuenta de las experiencias, de lo vivido, de lo sufrido y de lo gozado por estos jóvenes y niños y vislumbrar los efectos sobre la cultura, en la búsqueda de alternativas viables al complejo problema que padecemos. Estamos agotados de las

eternas coyunturas, que hoy se manifiestan en movilizaciones y protestas, permanentes coyunturas en las cuales estamos acorralados y muy fragmentados, de las cuales salimos más intolerantes y refugiados en nuestras respectivas y estrechas verdades. Comprender este conflicto es nuestro deseo y, por que no, apostarle a las alternativas, con las necesarias rectificaciones y cambios de rumbo que implican, tanto para los actores extrainstitucionales, como para los institucionales, los retos y sacrificios que impone el deseo.

✘

